



Editorial

*Primo Levi, ¿qué es la memoria?
La memoria es un deber*

Entrevista de Lucia Borgia a Primo Levi, 1984

Marita Sampetro (CABA, 1974) ha cedido una de sus obras para ilustrar el presente número. Es una artista visual, fotógrafa y docente, que estimula con su hacer la reflexión en torno a una problemática sensible en toda comunidad que examina su identidad, su presente y su pasado. Curiosamente, el trabajo elegido es “Sin título” y me gustaba pensar que, en esta ocasión, en la que el dossier trata el tema de la memoria, de la identidad y de los problemas de la representación que formulan o no las situaciones traumáticas, un “sin título” puede referir tanto a lo que no se ha dicho, a lo que aún falta completar como a la posibilidad de que cada uno le atribuya una interpretación, más o menos libre, en consonancia con sus saberes, sus ignorancias y su propia historia. Imagino en el detalle de su obra la mirada de quien se asoma, con la cabeza apoyada en el vano de la puerta o a través de la boca abierta en la pared a sus muchos futuros y pasados contruidos así, por fragmentos, en intersticios.

El dossier, coordinado por Estefanía Di Meglio, toca estas cuestiones desde una perspectiva múltiple: son convocadas las miradas de la literatura, la historia, la sociología y la representación teatral; la crítica, la entrevista y el ensayo; el Holocausto europeo y, lamentablemente, el nuestro. Esta “propiedad” nacional, que, casi con terror debemos admitir que es “nuestra”, me recuerda un comentario irónico de David Lodge. Su protagonista, en la novela *Deaf Sentence*, juega con el sonido común entre “deaf” (sordo) y “death” (muerte). Toda la novela es recorrida por la explotación de esta coincidencia fonética y los posibles sentidos que, simbólica y materialmente, pueden serle atribuidos. Hacia el final, la sordera no le impide ver, en especial, las necesidades de *no ver* de los otros. Estando en Cracovia decide visitar los campos de Auschwitz y su complemento, Birkenau. Lo comenta con sus colegas polacos y:

Nadie en Cracovia me informó de este horario cuando dije que pensaba pasar mi última tarde en Auschwitz. O, lo más probable, alguien me lo dijo y fingí que lo había oído, pero no lo oí. Me dejaron que hiciera la excursión por mi cuenta. Había cantidad de voluntarios para enseñarme Cracovia, pero nadie se ofreció a acompañarme a Auschwitz. No es de extrañar, me figuro: si lo has visitado una vez seguramente ya no tienes ganas de volver. Pero me pregunté cuántos polacos de los que conocí habrían visitado el campo. Cuando les dije que iba a verlo, asintieron educadamente y cambiaron de tema. Tuve la impresión de que les incomodaba un poco vivir en esta vieja ciudad preciosa y civilizada y que tan cerca esté un lugar cuyo nombre es una metonimia de genocidio. La Unesco lo ha declarado patrimonio de la humanidad, pero no es uno de los sitios que Polonia quiera reclamar como parte de su patrimonio, aun cuando muchos polacos murieron allí (304).

De alguna manera nos sucede lo mismo que a esos polacos de *La vida en sordina*: intentamos pensar la historia reciente no sólo como si no fuera nuestra sino desde el presente y la opción más saludable sería situar el acontecimiento y admitirlo como un rasgo de nuestra identidad colectiva —esto sucedió, sí, acá y no fueron, simplemente, “ellos”, “los otros”—. Una conclusión provisoria en el mar de tanta complejidad que los autores del dossier abren y hacen crecer.

Quisiera agradecer a quienes han colaborado con este número: a Belén Severini, cuya sensibilidad ha permitido que de una simple entrevista pudiera surgir la expresión cabal del pensamiento liberador de Juan Villoro, un escritor sutil, inteligentísimo y generoso; a las directoras de *Verba Hispanica*, por contarme su historia; a Esteban Prado y sus “jóvenes/viejos” escritores; a los articulistas, autores de reseñas y a los colaboradores externos, Manuel Comesaña, Hernán Morales, Fabián Iriarte y Milena Bracciale.

Rosalía Baltar
Septiembre de 2014